



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Agroecología espiritual

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 15, 1-8 (5º Domingo de Pascua del Ciclo B – 29 de abril de 2018)



Crisis medioambiental, calentamiento global, control de las emisiones de gases con efecto invernadero, ecología, sostenibilidad ambiental, cuidado de la casa común son, entre otras, algunas de las realidades que se van haciendo un espacio en la reflexión y en la preocupación de las sociedades modernas. La presencia de estos temas en las últimas décadas, creo yo, no está justificada por la preocupación de algunos por preservar una especie

animal o vegetal o por el cuidado de las fuentes de agua sino porque se trata de la sostenibilidad del planeta y de la creación de las condiciones de posibilidad que hacen que la vida de las futuras generaciones sea viable y factible.

Aunque la analogía pueda resultar un tanto desproporcionada, creo que la preocupación por el medioambiente, siguiendo el Evangelio de Juan, la podríamos aplicar al cuidado de la vida espiritual, tanto a nivel individual como comunitario, pues de ésta depende, en gran parte, la sostenibilidad de la comunidad de los discípulos de Jesús: la Iglesia. La hondura de la vida interior, que se proyecta en la implicación en las causas justas por parte de las comunidades, es uno de los requisitos para que se den los frutos de transformación que la actual hora de la humanidad nos demanda.

Enraizados en Jesús. La vida de la comunidad y la de las personas que la conforman ha de estar absolutamente unida a la persona y al proyecto de Jesús de Nazaret. El Evangelio es, sin lugar a dudas, quien nos provee la mirada para acercarnos a la realidad y nuestra fuente segura para determinar las acciones de transformación que proponemos al conjunto de la sociedad. La originalidad de nuestra aportación a la construcción de un nuevo mundo radica en la presencia de la savia del Evangelio que permea todo lo que somos y hacemos. Cuando apostamos, entre otras cosas, por un mundo donde la vida sea respetada, la justicia sea una realidad para todos, la paz un derecho inalienable y la reconciliación una forma de estar entre personas y pueblos, lo hacemos desde los valores que el Maestro Jesús nos dejó como claves para formar personas para y con los demás. Estar íntimamente unidos a Jesús no es una invitación cualquiera, es la exigencia que surge del deseo de ser auténticos testigos de Jesús hoy.

Cortar las ramas secas. Dice el Evangelio que las ramas que no dan fruto han de cortarse y quemarse para que no afecten al conjunto del árbol o pongan en peligro sus frutos. ¿Qué ramas hemos que cortar hoy? Con humildad creo que, en primer lugar, debemos cortar todas las ramas que pongan en peligro la unidad fundamental de la Iglesia entorno a Jesús: la descalificación del que piensa distinto, las críticas subterráneas que ni construyen ni dejan construir, la intolerancia y la poca flexibilidad, los señalamientos, la desconfianza en los otros y, en últimas, el tratarnos como si fuésemos enemigos o rivales y no trabajadores del mismo campo aunque con diferentes enfoques, no ayudan para nada a la vida y misión de la Iglesia. Confieso que me da un poco de vergüenza y mucha pena cuando, sobre todo en los medios de comunicación, se ventilan las normales discrepancias entre sectores de Iglesia como una pelea de enemigos irreconciliables.

Una segunda rama a cortar podría ser la de cierta lejanía con la vida, las alegrías y las preocupaciones de las personas y los pueblos. Esa rama puede hacer muy lento nuestro andar haciendo que nuestra oferta de vida con sentido llegue demasiado tarde o no llegue a quienes la necesitan y demandan. La rama que dificulta el diálogo del Evangelio con la ciencia, la cultura, el arte, la política, la economía, las religiones... con la vida, habría que cortarla.

Podar para dar más fruto. La tercera acción de la agroecología espiritual es la poda de aquellas ramas que pueden dar más fruto.

- Podar la rama de la presencia de la Iglesia en las **fronteras y en las periferias existenciales** donde se tienden puentes de inclusión y dignidad para la todas y todos. Me consuela ver a la Iglesia en los campos de refugiados, acompañando a las víctimas de la trata de seres humanos, defendiendo la dignidad de los pueblos indígenas, tendiendo puentes de reconciliación en los pueblos sumidos en las guerras fratricidas, elevando su voz para denunciar la violación de los derechos humanos, abrazando a las víctimas del terror, acogiendo con cariño a quienes buscan sinceramente a Dios desde ciertas realidades que a algunos les cuesta aceptar, etc.
- Podar la rama de la presencia de la Iglesia en el **mundo de la educación**. Sin educación el mundo puede perder su norte. Un pueblo analfabeta, aunque esté nadando en dinero, es un pueblo subdesarrollado.
- Podar la rama de la **misericordia, la ternura y la compasión** que hace de la Iglesia una comunidad samaritana o, tomando la expresión de Francisco, una Iglesia "Hospital de campaña" que cuida, atiende y sana a quienes sufren el rigor del descarte.

Pidamos al dueño de la Vid que no nos deje apartar del tronco del Evangelio, que ponde nuestras ramas para dar frutos que le glorifiquen y que corte todas las ramas que impidan que su savia fluya entre nosotros.